

PRESENTACIÓN

Inés Monteiro Arias

La Edad Media es una de las épocas sobre la que existen más ideas preconcebidas y, hasta cierto punto, falsas. Con frecuencia ha sido considerada como una etapa oscura donde la cultura y la civilización habrían caído en decadencia. El propio apelativo de “Edad Media” procede de su concepción como un momento de tránsito entre la Antigüedad y la Edad Moderna, como si esos mil años de historia carecieran de aspectos reseñables o pudieran entenderse de manera monolítica. Lo cierto es que es un periodo enormemente diverso y sobresaliente en el campo de las artes.

Este libro trata de ofrecer una síntesis de una parte del arte medieval, centrando la atención en el mundo cristiano –occidental y oriental– y en el islámico, desde su nacimiento hasta el siglo XII. Abarca, por tanto, un amplísimo espacio temporal en el que tienen lugar manifestaciones artísticas de gran riqueza, producidas por distintos pueblos y culturas. La enorme amplitud del marco cronológico y geográfico que nos proponemos analizar en un espacio tan reducido supone, de entrada, una gran limitación. La selección de regiones, manifestaciones y obras que hemos llevado a cabo, sumada a la selección caprichosa que ha operado el tiempo, hace que tan sólo podamos transmitir un conocimiento parcial de tan amplia y compleja materia.

Hemos tratado de evitar abrumar al lector o la lectora de estas páginas con un catálogo erudito de obras y cronologías, renunciando a mencionar todos los testimonios conservados de cada época. Se ha optado por abordar una serie de ejemplos representativos que puedan transmitir cuál fue la evolución de las estructuras arquitectónicas y el papel de la imagen en los distintos momentos y lugares estudiados, tratando de profundizar en mayor medida en el análisis y la comprensión de esos casos de estudio. Aún con todo, se trata de un primer acercamiento a un periodo tan rico desde el punto de vista artístico como amplio desde el cronológico, con el que nos proponemos ofrecer una formación elemental, aunque completa, de los temas estudiados, y desmontar algunas de las nociones preconcebidas tan extendidas sobre el periodo medieval.

La idea errónea de una Edad Media *oscura* se hace extensiva al concepto de arte medieval, considerado en ocasiones como una manifestación primitiva y tosca, llevada a cabo por artesanos ignorantes y despojados del buen hacer de los antiguos maestros. Son muchos, sin embargo, los estudios que ponen en valor el arte de este periodo, interpretándolo desde sus parámetros socioculturales, y no desde los cánones fijados en el Renacimiento.

El arte altomedieval no representa tanto el declinar de las formas tardías del arte romano como el nacimiento de nuevas formas. La plástica artística se ve profundamente transformada debido al cambio que experimenta tanto la función de la obra de arte como sus mensajes. En este sentido, podemos hablar de una auténtica revolución estética e iconográfica. Las figuras planas y desproporcionadas que encontramos en muchas pinturas y relieves de este tiempo no responden a la falta de pericia técnica de sus artífices, sino a una voluntad artística: la de evitar copiar la naturaleza para representar valores espirituales. Fue esta tendencia la que llevó, en ocasiones, a la pérdida de destreza imitativa de los artistas, que cultivaron en mayor medida sus cualidades para el color y la capacidad de comunicar conceptos por medio de representaciones desnaturalizadas.

Es cierto que el inicio de la Edad Media –marcado por la caída del Imperio Romano de Occidente (476 d.C.)– se caracteriza por un importante retroceso técnico y cultural que afecta a la arquitectura y a las artes figurativas en muchas regiones de Europa, al tiempo que las ciudades se despueblan y las letras acaban recluidas en los monasterios. Pero no ocurre lo mismo en el Imperio Bizantino ni en los distintos estados islámicos, donde asistimos a un extraordinario florecimiento cultural y al desarrollo de múltiples disciplinas científicas y humanísticas, levantándose grandes metrópolis con un sistema de saneamiento y una regulación civil propias de los estados modernos occidentales.

Por ello, la idea de una Edad Media *oscura* procede tanto de la incompreensión de esta época como de una perspectiva eurocéntrica que toma en consideración únicamente las manifestaciones cristianas occidentales. Aun con todo, en la Europa altomedieval, la administración, las instituciones y hasta las infraestructuras romanas se mantienen por muchos siglos. Sabemos que gran parte de la población cristiana era iletrada, pues sólo algunos clérigos estaban instruidos. La superstición y la ignorancia de un pueblo sometido al poder absoluto de señores y hombres de religión estuvieron muy extendidas. Sin embargo, hay que entender la sociedad de cada época desde sus propias coordenadas históricas, y el teocentrismo de las distintas civilizaciones medievales ofreció también una cierta riqueza cultural, potenciando el pensamiento simbólico. Comprender e interpretar la imagen medieval en la actualidad requiere de muchos conocimientos, pues refleja un imaginario rico y complejo que nos acerca a la mentalidad del momen-

to. No existía la imprenta para permitir que el conocimiento encontrara cauces de difusión ni para dejar testimonio de todas las disidencias, entonces denominadas *herejías*, pero sabemos que hubo muchas corrientes críticas con el poder de señores y clérigos. Tampoco debemos olvidar que los índices de analfabetismo siguieron siendo enormemente elevados en la mayoría de estados europeos durante toda la Edad Moderna y hasta la Edad Contemporánea.

Ni el Medievo fue una noche cerrada, ni salió el sol un buen día del siglo XV. Gombrich hablaba de *una noche estrellada*, donde el intelecto floreció de forma aislada y repetida en medio de la oscuridad. Pero quizá deberíamos dejar de considerar de manera monolítica estos mil años de arte en Occidente y Oriente Próximo, y evitar un calificativo absoluto para lo que es diverso, complejo y dispar. Como se ha indicado más arriba, gran parte de esas consideraciones dependen del fuerte eurocentrismo con el que se analiza este periodo, donde se obvia el esplendor cultural del mundo islámico y bizantino al dirigir la mirada únicamente hacia el mundo cristiano occidental. Si centráramos el análisis del arte de la Edad Moderna en el Extremo Oriente tampoco tendríamos una visión equilibrada de conjunto. La idea distorsionada y peyorativa que encontramos, en ocasiones, sobre el arte medieval depende también de la incomprensión de unas imágenes que no buscaban ser realistas ni miméticas, sino todo lo contrario. La moderna concepción del progreso resulta, por ello, inaplicable a las expresiones artísticas, ya que no existe ninguna correlación entre la calidad de éstas y el avance tecnológico o las conquistas en derechos civiles, por citar dos ejemplos.

Los historiadores han dividido la Edad Media en dos grandes periodos, la Alta y la Baja Edad Media, aunque de manera más reciente se habla también de una Plena Edad Media, para demarcar una etapa de especial entidad cultural y política en el Occidente cristiano. La Alta Edad Media abarca la etapa comprendida entre la caída del Imperio Romano de Occidente y el año 1000. Mientras la Europa cristiana está fraccionada en pequeños reinos sometidos a poderes locales y a la hegemonía eclesiástica, el mundo islámico y el cristiano oriental desarrollan grandes civilizaciones de vocación imperial, donde la supremacía económica y militar viene acompañada de un enorme esplendor artístico que dejará una huella profunda. A partir del año 1000 y hasta el 1200 podemos hablar de la Plena Edad Media, una época de despertar cultural en la cristiandad occidental, cuando asistimos a una unificación artística sin precedentes que viene acompañada del crecimiento de las ciudades.

En este libro iniciamos el estudio del arte medieval dos siglos antes de la caída del Imperio Romano, ya que el primer arte cristiano determina la evolución artística posterior y se inicia con anterioridad al Edicto de Milán (313 d.C.). Este momento supone un verdadero punto de inflexión que marca el

paso de una primera fase de clandestinidad y experimentación a la madurez artística de las primeras basílicas. Aunque inicialmente estuvo prohibido el uso de la imagen sagrada en el cristianismo, desde el siglo II la Iglesia aceptó la representación de figuras sacras en el espacio de culto por su utilidad para enseñar la Biblia al pueblo iletrado. En el siglo IV la iconografía cristiana alcanza ya un alto grado de sofisticación, con la creación de una considerable variedad de recursos narrativos y simbólicos. Estas representaciones serán el fundamento de la imagen cristiana medieval, aunque seguirá un proceso de abstracción que deriva en un nuevo lenguaje visual. Por otro lado, la tipología de basílica creada en este momento constituirá un referente para toda la arquitectura cristiana posterior, mientras las estructuras centralizadas ofrecerán los recursos arquitectónicos que serán empleados en los siglos venideros.

Entre los siglos VI y VIII asistimos a la primera fase del arte bizantino, conocida como la “Primera Edad de Oro”, que constituye una prolongación oriental del Imperio Romano, siendo en tiempos del emperador Justiniano (r. 527-565) cuando se produce el mayor apogeo artístico. Este emperador emprendió un proyecto de renovación del antiguo Imperio Romano y promovió la erección de templos imponentes con los que exaltar su propia figura. Justiniano inauguró un modelo de estado basado en la unión de los poderes eclesiástico y civil bajo el mando del emperador, denominado *Cesaropapismo*, que será dominante en Bizancio. El siglo VIII está marcado por la guerra civil surgida entre dos facciones religiosas y dinásticas que inician una disputa en torno al uso de la imagen, conocida como la *Crisis iconoclasta* (717-843). Durante más de un siglo los iconoclastas gobernaron Bizancio y se destruyeron las imágenes realizadas en la época precedente. La restitución del uso de la imagen a mediados del siglo IX inaugura un nuevo periodo de esplendor político y cultural, conocido como Periodo Medio, donde se suceden dos dinastías: la macedónica y la comnena. El marco geográfico del Imperio se reconfigura, adquiriendo más importancia los territorios de Grecia y los Balcanes, mientras el centralismo de tiempos de Justiniano se ve atenuado. Surgen nuevas tipologías arquitectónicas, con un predominio de la cruz griega inscrita en un cuadrado, y se observa un nuevo interés por el aspecto exterior de los edificios.

La reanudación del uso de imágenes sacras tras la *Crisis Iconoclasta* no implicó un retorno a la situación anterior, pues el debate despertado en torno a las imágenes cambió para siempre la producción figurativa en Bizancio. Se establece entonces un estrecho control sobre la “creación artística” por parte de las autoridades religiosas, que determinaron qué imágenes debían realizarse, cómo y dónde tenían que aparecer. Por otro lado, la influencia artística bizantina empezó a extenderse hacia regiones no conquistadas como la Rus de Kiev y Armenia, que desarrollarán un estilo arquitectónico enormemente original.

El surgimiento del Islam hacia el año 622 constituye uno de los fenómenos de mayor relevancia para el desarrollo de la cultura y el arte medieval. Esta nueva religión monoteísta adoptada inicialmente por el pueblo árabe se expandirá con rapidez alcanzando los confines de Oriente Medio y Occidente en menos de un siglo. La hegemonía política, militar y económica de los distintos estados musulmanes se acompaña de un insólito florecimiento de las artes, las letras y las ciencias, favoreciendo el contacto con los saberes olvidados de la Antigüedad en Europa. En el campo arquitectónico vemos surgir nuevas soluciones y tipologías, destacando la mezquita. El arte islámico oriental es analizado desde su origen hasta el siglo XII, con especial atención a las construcciones más destacadas de las dinastías omeya, abbasí y fatimí. El urbanismo, la arquitectura religiosa y palaciega experimentan una acusada evolución a partir de las soluciones romanas, mientras las artes figurativas son protagonistas de una nueva estética y sensibilidad. Por su parte, el arte andalusí será estudiado hasta el siglo XI, dividiéndose en tres grandes periodos: el emiral, el califal y los reinos de taifas. La prosperidad artística se manifiesta tanto en la arquitectura religiosa, palaciega y militar, como en la decoración arquitectónica y las artes suntuarias, que ejercerán cierta influencia en el arte cristiano del momento. No se incluye aquí el análisis del arte almorávide ni del almohade debido a que esos temas son estudiados en la asignatura de *Historia del Arte de la Baja Edad Media*, del Grado de Historia del Arte de la UNED.

Entre los siglos VI y VIII asistimos en Europa al afianzamiento de los pueblos germánicos, cuyo arte tiende a denominarse Tardoantiguo debido a que, en muchos aspectos, es heredero del legado de Roma. En la península itálica se establecieron los ostrogodos y los longobardos. En la antigua Galia, los merovingios y, en los territorios ibéricos, los visigodos. Todos ellos presentan elementos de continuidad y de ruptura con el mundo clásico y se manifiestan como el inicio de un largo camino de diferenciación estética y técnica. Estas manifestaciones muestran también ciertas influencias bizantinas pero aportan algunas novedades en arquitectura y en las artes del metal. Entre los siglos VI y X el arte irlandés, o arte insular británico, se manifiesta con especial entidad, registrándose un periodo de fertilidad en la ilustración de manuscritos y en la creación de cruces esculpidas en piedra con representaciones bíblicas.

Entre los siglos VIII y IX se desarrolla un nuevo proyecto de recuperación imperial en Centroeuropa en el conocido como Imperio Carolingio, que encontrará en el arte un elemento de legitimación con el que se busca renovar el arte romano bajo el signo del cristianismo. La arquitectura y las artes figurativas, especialmente la ilustración de manuscritos, serán promovidas desde la corte logrando una rica producción. La continuación de esta tradición artística en el arte ottoniano del siglo X e inicios del XI sienta algunas bases del arte románico.

En el mundo hispánico asistimos, por un lado, al arte de la monarquía asturiana y, por otro, a un estilo singular conocido como “mozárabe”. Los reyes asturianos llevan a cabo en el siglo IX un proceso de reivindicación del pasado paralelo al carolingio, con la construcción de edificios de piedra de gran envergadura y una producción de orfebrería que remite al mundo visigodo. El siglo X hispanocristiano, por su parte, ofrece algunas de las creaciones artísticas más originales del momento, tanto en arquitectura monástica como en la ilustración de manuscritos, donde se observan algunos rasgos propios del arte andalusí. Se elaboran entonces los beatos, unos códices ilustrados que constituyen verdaderos tesoros artísticos por la renovación figurativa e iconográfica que llevan a cabo.

El siglo XI representa un punto de inflexión en la historia occidental, dando inicio a una etapa de esplendor caracterizada por la unidad política y cultural en los reinos cristianos europeos. El arte románico fue su lenguaje común, enmarcándose en el proyecto de Reforma Gregoriana promovido por el papado. La orden monástica de Cluny contribuye a introducir la Reforma con la difusión del románico por Europa y la organización de las rutas de peregrinación. La implantación de este nuevo estilo entre los siglos XI y XII lleva a la construcción masiva de iglesias abovedadas en piedra que incorporan imágenes esculpidas y pintadas en sus muros. La imagen románica fue un poderoso instrumento de instrucción cristiana que sirvió tanto para adoctrinar en los principios de la religión, como para imponer unas pautas morales y de comportamiento a la sociedad. El románico surge en el sur de Francia y se concentra, en mayor medida, en torno a las rutas de peregrinación, encontrándose actualmente los conjuntos monumentales más destacados en Francia, España, Italia, Inglaterra y Alemania, donde se desarrollaron variantes regionales. A lo largo del siglo XII se propaga, además, una nueva orden monástica impulsada principalmente por el monje Bernardo de Claraval. Se trata de la reforma cisterciense, que propone una interpretación más rigurosa de la regla benedictina y cambia las pautas del arte románico promoviendo la desornamentación y la pureza arquitectónica.

Con el título de esta obra hemos tratado de evitar insinuar que todo el arte de la Alta y la Plena Edad Media iba a ser aquí analizado. Nos hemos centrado en el arte occidental y en el Próximo Oriente, conscientes de que durante la Edad Media se produjeron manifestaciones artísticas de importancia también en el África subsahariana, en el centro, sur y este de Asia, y en América. La distribución de los capítulos de esta obra pretende responder a las necesidades del actual Plan de Estudios del Grado de Historia del Arte de la UNED. El arte románico se ve desarrollado en mayor medida que los demás periodos, debido al alto número de obras conservadas y a su importancia para el estudio de las manifestaciones artísticas posteriores, conforme a las mencionadas exigencias del Plan de Estudios.

Los trece capítulos que componen este libro se agrupan en cuatro grandes partes que organizan los contenidos en bloques con entidad histórico-artística. La primera parte comprende el primer arte cristiano y el arte bizantino, y lleva por título *De Roma a Constantinopla: el primer arte cristiano y el arte bizantino*. La segunda parte reúne las distintas manifestaciones del Islam oriental y occidental hasta el siglo XII y se titula *Nacimiento y auge de una civilización: el arte islámico*. La tercera parte incluye las manifestaciones desarrolladas en Occidente durante la Alta Edad Media, una época convulsa en la que prima la fragmentación territorial y política. Se titula *La disgregación europea: el arte cristiano occidental entre los siglos VI y X*. Por último, la cuarta parte se centra en el estudio del arte románico como expresión de la unidad política y cultural alcanzada entre los siglos XI y XII, bajo el título *El arte románico: un lenguaje común para la cristiandad occidental*.

Esta organización del texto ha obligado a separar manifestaciones artísticas que se producen en el mismo momento. Por ello, conviene recordar que los reinos cristianos occidentales, los estados islámicos y el Imperio Bizantino fueron contemporáneos entre sí, y que compartieron fronteras permeables al intercambio de conocimientos, objetos (libros, obras de arte...) y personas (peregrinos, sabios, constructores y artistas). También se ha sistematizado el análisis separando la arquitectura, la escultura y la pintura, incluso cuando pertenecen a un mismo edificio, pues resulta más riguroso estudiar cada manifestación en su época y, con frecuencia, la decoración de los edificios medievales pertenece a un periodo posterior al de su arquitectura.